

Otro negocio, otro negocio estupendo acaba de hacer el Gobierno. El suizo Jecker, que estaba más tronado que arpa vieja, acaba de hacer un contrato con Miramón para suministrarle fondos.

Vean si es agudo el maldito. Le ha ofrecido al presidente tomar bonos conservadores por 15.000.000 de pesos. Los tomadores tienen que ir con él y entregarle 25 pesos para que les dé un papelucho que representa cien.

De esta suma da 10 pesos al Gobierno y se queda con 15, comprometiéndose á pagar el 3 por 100 anual á los tenedores.

Si cumple lo prometido, el primer año entregará 3 pesos á los dueños de los bonos, y se quedará con 12 para seguir mangoneando con ellos.

El segundo entregará 3 pesos más y conservará 9.

El tercero dará 3 y conservará 6.

El cuarto hará entrega de otros 3 pesos.

Y el quinto dará lo que le quede, realizando estos milagros: haber tenido durante cinco años poco menos de catorce millones de pesos, destinados á lo que le dió la gana; haber entregado ese capital en abonos cortos y tener la eventualidad de no pagar nada y alzarse con el santo y la limosna, si, como es probable, cae la administración reaccionaria.

Por último, Mr. de Sard nos asombró la tarde postrera que le vimos: iba pálido, sin alientos, más vertiginoso



— ¿Qué le pasa, *monsiur*? le preguntamos con cariño

que nunca y con un trastabilleo de lengua que ponía espanto.

— ¿Qué le pasa, *monsiur*? le preguntamos con cariño.

No nos respondió; introdujo al bolsillo de pecho una mano peluda y tiesa que parecía garra de ave de rapiña, se caló unos anteojos que daban á su mirada el aspecto del sol reflejándose en el agua, sacó un periódico y comenzó así:

«La idea católica decae y muere en todos los países; descuidados é indiferentes, al propio tiempo, de sus promesas y de sus amenazas, los pueblos la abandonan y la desdeñan, como se deja un vestido viejo, como se abandona un navío que ha naufragado.

«Y mientras la idea católica se encuentra aquí desdeñada, allá combatida, en otras partes convertida en objeto de burlas, es un hecho general que en ninguna parte emprenden ningún esfuerzo viril para rescatarla los mismos que la representan más directamente.

«Si los gobiernos son ateos, los obispos y los sacerdotes son indiferentes y creen haberlo hecho todo por una religión que elevó á aquéllos al grado de señores y á éstos al de hombres. En ninguna parte se ven entusiasmo, fuego sagrado y abnegación en las filas católicas.

«El pueblo católico se nos presenta en el universo entero como ese necio de quien nos habla el *«Eclesiastés»*, cerrando sus manos y comiendo sus carnes, y diciendo: Mejor

es comer tranquilamente el hueco de mi mano que tener ambas manos llenas con el trabajo y la inquietud del espíritu.

«Y mientras que el pensamiento religioso católico desaparece así, en circunstancias tan indignas de su pasado, la idea política que le corresponde parece destinada á morir de la misma manera.

«Así como Dios se va, los reyes se van también. ¿Quién podrá indicarnos hoy un verdadero rey? Napoleón III es el representante armado de la revolución.

«Francisco José, vencido y humillado, se abate hasta un inútil concordato, y ve sus cuatro ó cinco coronas temblar al viento revolucionario.

«Alejandro ha tenido que dar libertad á sus siervos.

«Guillermo de Prusia se ha vuelto loco á los acentos salvajes del *Freilligrath* («Los Muertos á los Vivos»).

«Isabel II no es reina sino por la gracia de la revolución.

«El rey del Piamonte es el humilde vasallo de Mazzini y de Garibaldi, y la revolución lanza de su trono á los soberanos de Florencia, de Módena y de Parma.

«Y el soberano pontífice, el obispo de las tres coronas, ha perdido ya las Romañas y habría perdido hasta Roma sin las bayonetas francesas...

«Mientras la vieja sociedad política y religiosa se hunde de una manera tan miserable, una sociedad juvenil se levanta para reemplazarla.

«Esta sociedad es grosera, feroz, licenciosa, enteramente consagrada á los intereses materiales; pero es fuerte, y sea cual fuere su fe, tiene una fe.

«Fe en la destrucción de lo pasado.

«Fe en la libertad del porvenir y en la emancipación absoluta de todo poder.

«Para la satisfacción de sus odios y el cumplimiento de sus designos, ha abolido la diferencia de las nacionalidades y hasta la de las lenguas. Se ha formado un ejército de los hombres más distintos por su origen y por su naturaleza, pero fieles al mismo juramento militar.

«Evidentemente esta sociedad debe vencer, y en efecto triunfa en todas partes.

.....

«Desde que fundamos *La Esperanza*, hemos tenido ocasión de conocer más de una vez que hemos sido engañados, y que nos hemos equivocado sobre los hombres y las cosas de México.

«Una especie de fatalidad pesa sobre las ideas condenadas; ellas desconocen á sus amigos; indiferentes á todo esfuerzo, olvidándose de todo servicio, son apellidadas *conservadoras* cuando apenas pueden conservarse á sí mismas.

«No es ahora el tiempo de los periódicos políticos redactados por escritores católicos.

«Se nos aborrece porque tenemos convicciones absolu-

BIBLIOTECA ALFONSO XIII
UNIVERSIDAD DE BURGOS

tas en un siglo en que no se cree más que en el dinero.

«Se nos teme, porque nuestra fe nos pone á cada instante en los labios las palabras de Juan á Herodes: *Non licet*.

«Se nos persigue porque nuestro periódico no es complaciente ni cortesano, y porque en una época de tibieza, de debilidad y de servidumbre, es el último asilo de la libertad, que es la de los hijos de Dios.

«El ilustre redactor del *Universo* indica á sus colegas lo que deben hacer en esta época de persecuciones y debilidades.

«Suspendemos, pues, desde hoy la publicación de *La Esperanza*.

«Creemos debido dar á conocer los medios con que fundamos *La Esperanza*, establecimos su imprenta, oficinas y despacho y nuestra pobre casa.

«S. S. Ilustrísima el señor Obispo de Michoacán, ha tenido la bondad de darnos \$ 3.500.

«Pero algunos días después de habérselos dado nos invitó á confesarnos deudores de semejante suma hacia el banquero señor Guerra, á favor del cual, por medio de una escritura pública, se estipuló una hipoteca formal de la imprenta por los 3.500 pesos con un interés de 6 por 100.

«S. S. Ilustrísima nos dió después 300 pesos y su garantía por suma igual en papel. \$ 300.»

«S. S. Ilustrísima el Arzobispo de México, *deseando ayudar ampliamente á un buen periódico*, tomó una subscripción que ha pagado con regularidad; es necesario hacerle esta justicia \$ 2.»

«S. S. Ilustrísima el señor Obispo de Guadalajara, habiendo prometido ayudarnos, ni siquiera ha pagado las dos subscripciones que hemos tenido la hora de enviarle. Resta, pues. \$ 2.»

«*La Esperanza* ha recibido la misma muestra de interés por parte de S. S. Ilustrísima el señor Obispo de San Luis Potosí. Resta, pues \$ 2.»

«S. S. Ilustrísima el señor Obispo Madrid, á quien tuvimos la honra de ofrecer *La Esperanza*, respondió que sus recursos no le permitían tomar una subscripción; pero que con mucho gusto la recibiría si se la ofrecíamos como un homenaje. Nosotros creímos deber abstenernos de ello.

«S. S. Ilustrísima el señor Obispo de Linares ha dado por las dos subscripciones que hemos tenido la honra de enviarle \$ 16.»

«La Mitra de Puebla se ha manifestado hacia nosotros tan generosa como los Ilustrísimos señores Obispos de San Luis Potosí y Guadalajara.

«Hemos, pues, vivido dos meses con esa magnificencia, redactando solos un periódico diario, siendo á la vez

el impresor, el corrector, casi hasta el repartidor, y vigilar al propio tiempo el modesto puchero que en la noche debía reparar nuestras fuerzas, y componer invariablemente nuestra comida.

«A todas estas alegrías nuestros lectores tendrán la bondad de añadir el fastidio, los dolores, los embarazos, los ataques, los odios y las persecuciones que nos ha valido *La Esperanza*, y tendrán un total casi completo de toda nuestra dicha.

«En fin, puede que salgamos debiendo, después de haber gastado de nuestro peculio una cosa como 1.500 pesos.»

México, Mayo de 1860.

Ayer nos desayunamos con la nueva de que había otro Prèssidente, porque el señor Zuloaga, cansado de vivir nulificado, olvidado y despreciado, había amanecido de buen humor y por sí y ante sí se había declarado mandatario supremo, destituyendo á Miramón, á quien había puesto antes.

Sólo en estos tiempos se ven tamañas cosas.

Hoy dispuso su salida el señor Miramón, y desde muy temprano henchían las calles regimientos y batallones. Las músicas llenaban los aires con notas marciales; las banderas rasgaban el azul del cielo con su simbólica tri-

cromía; los guiones parecían incrustarse, como clavos de fuego, en el horizonte límpido, recortado apenas por otro azul más intenso, el de los volcanes; los uniformes de guardias, guías, coraceros y lanceros; los caballos que relinchaban, las viejas que corrían, llevando el desayuno á sus *juanes*; los *juanes* que descansaban sobre las armas departiendo de batallas ganadas, de sorpresas felices, de enemigos en fuga y de tiros atinados, todo inspiraba placer é infundía deseos de gozar, de esparcirse, de luchar y de vencer.

En esas mañanas comprende el verdadero soldado la hermosura de la lucha, en el campo verde, con una atmósfera espléndida, sintiendo en la espalda el picor de un solecillo primaveral y en el alma el estímulo de blandir el sable y hender un rostro ó dislocar un brazo ó apabullar un cráneo.

Apareció el señor Miramón, brioso y alegre como aquella mañana dulce que se nos metía por los poros tocando diana en nuestros corazones.

Venía en su gran caballo negro cuatralbo que llaman *Lucifer*, seguido de su Estado mayor lleno de bordados y de galones. Le saludaba al pasar la aclamación de sus fieles de Ahualulco, Atenquique y la Estancia, y él contaba como distraído.

Al llegar á la calle de Medinas, nos detuvimos frente al número cuatro; echaron pie á tierra el Prèssidente,

Ayestarán, y Robles; Miramón se quedó como buscando con la vista en el grupo de su séquito, y repentinamente noté que se fijaba en mí y me le acerqué con premura.

— Ortiz, suban con nosotros usted y Hoyos.

Yo y el compañero que había sido designado, bajamos de nuestros caballos y nos dispusimos á seguir á S. E.

Miramón subía los escalones de dos en dos, nervioso, excitado, alta la frente, temblorosa la pluma del sombrero, sonando los espolines en las baldosas, teniendo con la mano izquierda el puño del espadín y dejando oscilar la banda azul, de rapacejo de oro.

Al llegar á lo alto de la breve escalera, marchamos derechos al comedor. Nosotros quedamos afuera y sólo los generales entraron; pero pudimos notar un espectáculo que habría sido edificante si no hubiera resultado cómico.

Un señor todavía de buena edad, de cuerpo regular, de nariz regular, de ojos regulares, de frente regular y de conjunto insignificante, estaba al frente de una mesa, cubierto con un saquillo ligero y un gorro griego bordado de sedas de colores y que denunciaba á leguas la manufactura doméstica. Puesto en pie bendecía al Señor por el pan que daba á la familia, por el techo que le proporcionaba, por el sol, por la lluvia, cuando vió entrar á los empenachados, que llegaban tirando tiestos, golpeando pájaros cantadores y echando al suelo el agua y el alpiste de las vasijitas que estaban dentro de las jaulas.



La matrona que presidía el desayuno se levantó asustada: la criada que conducía los chocolates en un azafate de peltre se quedó parada y sin saber qué hacer de su carga; un niño que estaba en una silla alta y sobre unos almohadones, se despeñó de aquella eminencia chillando como un becerro al ver que se llevaban á su papaíto.

Desde el corredor veíamos accionar á los cuatro generales, pues el casero era Zuloaga, y por fin salir á los

tres que habíamos acompañado llevando á empujones al del gorro bordado, que calzaba zapatillas del más rico cañamazo, con flores verdes y hojas azules, hechas con la chaquira más fina.

Zuloaga manoteaba, se resistía, argumentaba; pero no hubo remedio: le hicieron bajar de mal modo la escalera, le colocaron en la puerta del zaguán y poniéndole frente á un caballo de mala muerte, le dijo Miramón en voz alta y delante de todo el mundo: «Voy á enseñarle á usted cómo se ganan las presidencias...»

Y Zuloaga, caída la borla del gorro, caído el bigotillo que le cubría el labio superior, caídos los párpados y más caído el ánimo, subió en el matalote, tras de picarle con los talones.

Por donde quiera que pasábamos, la primera impresión era de extrañeza; después era de regocijo y alegría. Miramón nos había dado ya muchas tragedias; ahora nos daba una comedia, que por cierto resultaba divertida y valía por alguno de los otros dramas.

Y cuando las músicas rompieron en himnos, y los tambores asordaron los aires, y los clarines lanzaron su nota aguda y fina como estilete, y los guiones se extendieron en rojas floraciones, y los estandartes mostraron sus águilas relucientes, y dardearon el cielo las espadas, y caracolearon los caballos y la multitud de aceras y balcones aplaudió y gritó vivas, un hombre marchaba, como rey



... ahora nos daba una comedia, que por cierto resultaba divertida...

de burlas, preso, espantado y deseoso de que no le tomaran en cuenta su propósito de ser presidente.

México, Noviembre de 1860.

¡Cuántas cosas ocurridas desde el *raptó de Helena*, como se llamó á la captura de Zuloaga! Los ministros extranjeros declarando que no hay gobierno en México; nuestra estrella opacada; Miramón derrotado en Silao; Guadalajara en poder de la demagogia.

El paso que dispuso hoy el Sr. Miramón, de seguro que obedece á ese afán que dicen tienen los ahogados de patlear á última hora, cuando ya están próximos á sucumbir. El jefe de la policía, Lagarde, llegó hoy á la Legación inglesa, preguntó por el Ministro, se le dijo que estaba fuera y acabó por pedir 600.000 pesos depositados allí... porque no se creía estuvieran seguros si por acaso se acercaba la canalla. El secretario, ó lo que fuera, se resistió diciendo que su jefe ausente guardaba las llaves de las cajas, pero de nada le valió: Lagarde hizo saltar los sellos de la Legación, rompió las cerraduras, tomó la plata y hasta más ver. Claro que no se habla de otra cosa en la ciudad; pero ya me tranquilicé un tanto porque Gordoá, después de oír el parecer del gran obispo de Tenagra, acaba de fallar que esto no es *robo* sino *ocupación*. Sutil es el distingó; pero ello es que no por eso resultan menos robados los británicos...

Otro día.

Acaba de morir el español Rubio, plagiado por Carbajal. ¡Qué horror! Le trajeron de la ceca á la meca, le exigieron un gran rescate, le dieron tormento, y por quitame allá esas pajas, apenas el pobre *gachupín* anunciaba que no se podría juntar la cantidad ó se sabía que se acercaban tropas del Gobierno, se mandaba reunir á los facinerosos, cargar las armas, formar el cuadro y... *preparen, apunten...*

Naturalmente, á causa de tantas desazones, Rubio espichó y los de la uña se quedaron sin jícara y sin miel. Un amigo, contagiado de liberalismo, me dice que el caso tiene fácil explicación. Rubio era agente de Cobos, se entendía con él, invertía sus *utilidades* en negocitos productivos para ambos y á eso se debió la captura; parece que días antes del plagio, Rubio hablaba de emplear 200.000 pesos, sin que se le hubiera conocido antes una peseta.

Pero lo triste es que la *chinaca* sólo siga procedimientos nuestros. Días después de la batalla del Platanillo, en que cayó muerto D. Plutarco González, Gobernador del Estado de México, desapareció D. Miguel Buenrostro, diputado muy conocido, sabiéndose á poco que estaba en poder del español Cobos, que exigía una gran suma por soltarle. Fueron y vinieron embajadores; llegaron y volvieron proposiciones, y al fin, de ruego y encargo, se logró que

Cobos disminuyera sus pretensiones, pidiendo sólo diez mil pesos, que los amigos del secuestrado colectaron entre sí y entregaron... al hoy difunto y llorado Rubio...

Algo más hay escrito de mano de Venturita; pero tan disperso, tan ininteligible y tan falto de interés, que no vale la pena de insertarlo. Aquí dan fin, pues, las *Memorias de un mocho*.

Perdonad sus muchas faltas.

